Cartas de Pierre

Dictadas después de morir

Tomo II



Liber Factory

Pierre Monnier

CARTAS DE PIERRE
Tomo II

Nota del editor:

Al final del libro se encuentra un Índice Temático que nos ayuda a releer el texto partiendo de los términos esenciales citados en el mismo.

Introducción: Jean Prieur
Traducción: Alfredo Camarero Gil

Liber Factory

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2016 CARTAS DE PIERRE
Pierre Monnier
© 2016 Traducción: Alfredo Camarero Gil
© 2016 Editorial: Liber Factory
C./ San Ildefonso nº 17 28012 Madrid. España
Web: www.visionlibros.com Tel: 0034 91 3117696

ISBN Obra Completa: 978-84-9949-808-9

ISBN Tomo II: 978-84-9949-810-2

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Disponible en préstamo, en formato electrónico, en www.bibliotecavisionnet.com

Disponible en papel y ebook

www.vnetlibrerias.com

www.terrabooks.com

Pedidos a:

pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a:

subscripcion@visionnet.es



Pierre MONNIER



Cécile THURET-MONNIER,
MADRE DE PIERRE

INTRODUCCIÓN

Carta de la Sra. Monnier a una lectora que acababa de perder un hijo.

La Presle, Pouzy-Mezangy (Allier)
18 de agosto de 1943.

Señora:

El editor Fischbacher me ha enviado su carta del 19 de julio; me ha emocionado mucho, y soy tan consciente de su perplejidad ante la manifestación especial de las "Cartas" de mi querido hijo, que voy a hablarle de ellas con toda sencillez y sinceridad. Me doy cuenta de que en su lugar yo habría tenido las mismas dudas, y voy a contarle cómo empezó la comunión especial que me une a mi querido Pierre.

Como usted sufre el mismo dolor, no dudará si le digo que yo no soy más que una pluma y no la inspiradora de los mensajes que haya podido leer. Esto es lo que sucedió entre mi Pierre y yo:

Pierre era nuestro hijo único, y su cariño era la gran alegría de nuestra vida por la que yo daba gracias a Dios con toda mi alma: jamás nos había hecho sufrir y sólo tenía amigos.

Después de su muerte, en el Nuevo Testamento que le servía para su culto diario, leí una línea escrita por él: "¡He aquí mi lámpara que nunca se apagará, sino que arderá para siempre!" Era la definición de su joven vida. Tenía veintitrés años cuando murió a la cabeza de sus hombres en 1915, pero les había dejado un magnífico recuerdo de honor, de valentía y de bondad.

Usted sabe hasta qué punto se rompe el corazón de una madre, cuando hay que renunciar, durante un tiempo, a la dulzura del afecto de un hijo muy querido. Pero no tuve la idea culpable de una evocación, sabiendo que él rechazaba el espiritismo cuando estaba en

la tierra. Por otra parte, tampoco soñaba en una posible comunión espiritual...

Algunas semanas después de su muerte, yo escribía a una amiga, y, naturalmente, le hablaba de él. De pronto, se hizo oír su voz: "¡Mamá!"

Me detuve llena de emoción. "¿Eres tú, Pierre?"

"¡Sí, mamá!..." Después, nada... Yo estaba estremecida...

Desde entonces, le hablaba mentalmente y casi nunca me respondía, pero su primera llamada fue tan tiernamente natural que tuve la humilde certeza de que su amor no me había abandonado. Hablé a su padre de lo que ocurría, pero me di cuenta de que se lo tomaba como un efecto de mi imaginación. Dije a Pierre: "¿Cómo consolar a tu padre hablándole de tu presencia?"

Él me respondió: "¡Roguemos a Dios, mamá!"

E imploré durante tres años esta gracia... Durante esos años, no recibí nunca un mensaje dictado, ni pensé siquiera que eso pudiera suceder. Pero un día, él me dijo: "No pienses en nada, toma un lápiz, ¡escribe!"

Yo no comprendí por no haber pensado nunca que aquello fuera posible, y traté de no pensar en nada... Por eso, el dictado se ha hecho casi desde fuera de mí, porque, aunque consciente de las palabras que se me dicen, no me doy cuenta del conjunto de lo que escribo; sólo cuando pone su nombre al final del mensaje, lo leo y comprendo lo que me ha dicho. Esto ocurre por tanto totalmente al margen de mí. Yo no sé lo que escribo, aunque no lo hago en éxtasis o inconsciente, pero tengo la impresión de ser una pluma que no comprende a la que una mano dirige.

El mensaje es, por tanto, independiente de mí. Por otra parte, se refiere con frecuencia a temas que me son desconocidos, con unas palabras que tengo que buscar luego en el diccionario, porque las desconozco. Su padre ha sido iluminado por esta manifestación en la que no se encuentra nada mío y todo es de nuestro hijo querido, con la certeza de su cariño siempre actual que se ha convertido para nosotros en una fuente de vida.

Si le escribo todo esto, querida señora, es para responder a sus

dudas. ¡Sería un crimen tan abominable el representar una especie de comedia con el recuerdo de nuestro Pierre! Jamás habríamos publicado unos mensajes que se convirtieran en mentiras con la pretensión de venir del más allá y de un mensajero celestial. Usted me comprenderá, estoy segura... ¡Qué blasfemia! ¡Y yo sería responsable de ella ante las pobres mamás deshechas en lágrimas!... ¡Tenga pues confianza! estas cartas no han sido inventadas por mi imaginación, puesto que ni siquiera sé de antemano, mientras escribe mi mano, lo que mi Pierre me hace llegar de parte de Dios. Este mensaje es ciertamente para los nuestros, pero también para todos los dolores.

En esta época trágica que vivimos, constatamos que, desde 1919, Pierre nos advertía que "la guerra no había terminado y que la degradación de los cristianos continuaba ante Dios". Nosotros somos testigos de esto, y yo misma lo habría negado hace veinticinco años, si me lo hubieran preguntado.

Ésta es una carta muy larga, querida señora. Pido a nuestro Padre celestial que la sostenga en las horas sombrías que yo tan dolorosamente conozco. Convenzámonos de que el Evangelio es la mejor prueba de la Comunión de los Santos, es decir, de los creyentes.

Dios es un Dios de amor, y Él dio a su Hijo una madre que pasó por momentos trágicos y puede ayudarnos a través de nuestras oraciones.

Nuestros "pequeños" no son espíritus anónimos que olvidan el mayor cariño humano. Si tiene reparos, escríbame y trataré de responderle según la voluntad de Dios, ayudada por mi Pierre, si es autorizado.

Rezo por usted, rece por mí.

Cécile THURET-MONNIER.

CARTAS DE PIERRE

VOLUMEN SEGUNDO

1° de agosto de 1919

Mamá muy querida:

No creas que he olvidado esas horas tan solemnes, tan grandes... querida mamá, nosotros habíamos entrado en el camino del sacrificio predestinado... y *lo sabíamos*. Por extraño que parezca, ésta es sin embargo la verdad; desde el momento en que llegamos a la certeza del inicio de la tempestad que amenazaba, *comprendimos que Dios nos llevaba a la realización necesaria* de la obra a la que estábamos destinados. No era el sentido de la fatalidad, por supuesto que no, sino el de un deber hacia el que caminábamos desde siempre, sin tratar de eludir la vía dolorosa: ¡era "para esta hora precisa" para la que Dios nos había reunido en la tierra! Son numerosos los que no han llevado a cabo su misión, pero muchos de nosotros se sintieron "elegidos", (no *predestinados* antes de su nacimiento, sino *elegidos*) para realizar una "tarea predestinada".

Nosotros dos lo sabíamos, ¿no es cierto, querida mamá?, ¡y nuestro tierno silencio a lo largo de ese viaje cogidos de la mano, era más elocuente para nuestras almas que cualquier palabra intercambiada! El camino recto se abría ante nuestras miradas, dolorosas pero decididas; nuestras almas no trataban de escapar de las sagradas responsabilidades que Dios les imponía como una cruz: cuando llegó el momento del sacrificio total, nosotros *lo esperábamos*, ¿no es verdad, querida?... Pero ¡qué inesperada y bella fue la recompensa! nuestro cariño, triunfador de la muerte y espiritualmente resucitado, más puro, ¡más profundo que nunca!... ¡y la comunión sin barreras de

nuestras almas!... ¡y el intercambio continuo de pensamientos!... ¡y la obra continuada: la de la tierra!... ¡y la obra comenzada: la del Cielo!... Desde el momento de los besos de despedida, tuvimos conciencia de la inutilidad de las esperanzas de la tierra, pero caminamos sin rebeldía al encuentro de la cruz, siguiendo en esto el ejemplo que nos dio el Maestro: Él conoció su suerte desde el comienzo de su misión redentora, pero lejos de volverse atrás, se dirigió con paso tranquilo hacia Jerusalén "que mata a los profetas" (Mt 23, 37).

Como te decía, una intuición así no debe llevar a la idea de la "fatalidad". Cuando en los asuntos del mundo elegís un hombre de confianza para llevar a cabo una tarea importante, es porque vuestra experiencia de su carácter y de su moralidad os lo ha mostrado digno de ese papel especial. Lo mismo sucede entre nosotros, querida mamá: Dios nos elige y nos confía una misión; pero, por el hecho de su vida independiente de la que te he hablado, nuestra alma es consciente de esta elección; camina con fidelidad a la realización de la obra que Dios le encomienda. La sensación de "certeza ante el futuro", no es otra cosa que el conocimiento del alma preparada: vosotros sabéis muy bien que no estáis en manos del azar, sino de una Providencia llena de amor, de mansedumbre y de justicia.

¡Pobre mamá! desde que fui liberado de mis cadenas, corrí hacia ti, como te he dicho. Tu voz tan llena de angustia que me llamaba sin descanso sacudió por permisión divina mi primera torpeza. No, ya ves, la muerte es sólo una mirada oculta... ¡una mano puesta en los ojos! pero a esa mano nosotros la cubrimos con nuestras caricias y con nuestros besos fieles.

¡Tened confianza, queridos míos! aunque todavía no distingáis el camino que se abre ante vosotros... (corto o largo, nosotros sólo podemos decíroslo en casos muy raros y por orden de Dios), no penséis que camináis solos en esa oscuridad: ¡Cristo os espera! ¡Jesús-Hombre, que sufrió de la maldad de los hombres más que ninguno de sus hermanos!... ¡Emmanuel!... "Dios con nosotros"... Emmanuel, que penetró en su reino de amor para acogeros en él; y puesto que Jesús-

Hombre conoció la poca solidez de las caricias humanas, puesto que Jesús-Hombre se acurrucó en las rodillas de una madre y reclinó su cabeza sobre el corazón de un amigo, conoce lo que yo puedo llamar vuestra *timidez*, vuestro miedo a la excepción, vuestra necesidad de encontrar almas parecidas a la vuestra, en ese mundo desconocido que os turba; entonces, Él nos envía a vuestro encuentro mientras seguís viviendo en la carne y nosotros llegamos hasta vuestros espíritus inquietos. Pero sobre todo, cuando vuestras almas acaban de ser liberadas, nosotros las rodeamos, y con las cualidades que a vosotros os gustaban, nos encontráis en torno a vosotros en el umbral de la Patria eterna. ¡Caminad por tanto sin dudar, oh cristianos que tenéis el privilegio de esta promesa inefable! Lo que puede alterar vuestra felicidad depende sólo de vosotros... ¿sería justo esperar todo de Dios y no darle nada a cambio? Dios os pide *para Sí* "el amor de vuestro corazón, de vuestra fuerza y de vuestro pensamiento" (Mt 22, 37); ¿qué excusa podríais encontrar para rechazar ese amor a vuestro Padre?

¡Recordad que Él os ha amado desde el principio, y que es a pecadores a quienes envió un Salvador! ¡Ese Salvador, oh Jesús, eres tú! ¡el Amor incomparable y eterno! ¡la Fuerza que permite todas las victorias, que sustituye la debilidad de tus hermanos, si tienden hacia ti sus manos temblorosas, si elevan hacia ti sus corazones llenos de remordimiento y de vergüenza! ¡oh Jesús, quién dirá la alegría de amarte, de ser amado por ti... la felicidad del Cielo!... sí, querida mamá, *la felicidad del Cielo*.

Tu Pierre.

* * *

4 de agosto de 1919

Mi querida mamá:

A través de estos encuentros que Dios permite entre tú y yo, quiero demostrarte –demostrar a todos– hasta qué punto, en medio de nuestra felicidad naciente y en constante crecimiento, continuamos ocupados, *preocupados* incluso, por la situación moral de las almas queridas dejadas en la tierra. Me gustaría mucho demostraros hasta qué punto la felicidad, las causas de la felicidad, se encuentran *en el*

desprendimiento. Por desprendimiento, no entiendo el desprecio de las alegrías bienhechoras y sagradas de las que Dios ha sembrado el camino de los peregrinos de la tierra, sino que, sin detenerme en las cosas indiscutiblemente nocivas, yo hablaría del desprendimiento de todo lo que es secundario y con mucha frecuencia dañoso. Vosotros comparáis la vida terrenal a un viaje... y decís bien; pero esta comparación se queda para vosotros en algo completamente superficial, mal aplicado, falseado. En efecto, cuando hacéis un viaje, sólo dais una importancia mínima a todo incidente ajeno a la finalidad de vuestra peregrinación: ausencia de comodidad, decepciones diversas y otros impedimentos que dificultan o retrasan la realización de vuestro deseo: ¡poco importan las pequeñas molestias o incluso los pequeños placeres inesperados! perseguís una idea, una meta que conserva la prioridad y prescinde de todo lo demás.

Lo mismo debería suceder en el viaje de la vida: la llegada al puerto con buena salud moral es lo único que cuenta; ¿por qué dar entonces a las demás cosas una importancia completamente incompatible con la sensatez? Hay que prescindir de todo lo que no es la cuestión vital: "la voluntad del Padre", y renunciar a lo que dificulta el camino que conduce a la meta *esencial* para las almas: "encontrarse con Dios".

No hay pensamiento egoísta u orgulloso que no sea un desafío dirigido al amor y a la omnipotencia de Dios. Para llegar hasta Dios, debéis despojar por tanto a vuestra alma de esas escorias... renunciar a vosotros mismos, desprenderos de la personalidad que os estorba, revestida de verdaderos oropeles creados por vuestra vanidad, y acercaros luego, humildes y desnudos, a Aquél que os promete el "vestido nupcial" (Mt 22, 12), la aureola preparada a todos lo que han "entregado su manto" (Mt 5, 40) por el amor de Cristo, y que esperan la gloriosa aureola de los vencedores del mundo.

¡Nosotros nos acordamos, querida mamá, del lastre de ese pesado equipaje del egoísmo con el que cargamos voluntariamente en la tierra! ¡qué tormento! ¡qué inutilidad! ¡cuántos pasos en vano! ¡de cuántos deberes olvidados somos deudores! Sin embargo, Jesús nos hablaba de "rechazar toda carga", y de que Él mismo se encargaba de llevar para nosotros lo que era indispensable para nuestra salvación.

Lo que hay que hacer por tanto es poner a los pies de Cristo ese

peso muerto que tiene nombres prometedores... los de todas las alegrías del mundo; pero que os aplasta hasta tal punto de que vuestras rodillas temblorosas no pueden llevaros a la felicidad que ellas os anuncian.

Traed, traed esos sueños insensatos al pie de la Cruz; luego, con la ayuda de vuestras dos manos que la abrazan, subid a esa Cruz de vuestro Salvador, pasando por encima de vuestras riquezas despreciables... elevaos *hasta el corazón* cariñoso del Perfecto-Amor. Lo mismo que el niño que se siente en un refugio sobre el seno de su madre, vosotros sentiréis una felicidad desconocida en las alegrías del mundo que destruyen el amor sin egoísmo, el único que, sin embargo, merece el esfuerzo del sacrificio; esa alegría inunda a las almas en la comunión con el Amor infinito. Para gozar de tal dicha, no dudéis ante ninguna renuncia, ¡ante ningún desprendimiento! esa felicidad, querida mamá, es el "está bien, siervo fiel, *entra en el gozo de tu Señor*" (Mt 25, 21).

Con el fin de aportaros un rayo de esta alegría... nuestra alegría, nos esforzamos nosotros en despertaros; ¡porque vosotros creéis que no dormís, pero os equivocáis torpemente! la noche de la indolencia y de la tibieza os envuelve... ¡tú sobre todo, Iglesia protestante, que cuentas con *el don gratuito* de tu Salvador y no te das cuenta de que, al desdeñar el trabajo intenso que debe resultar de tal fuerza incorporada, te pareces al que roba a su maestro! Jesús os hace entrega de su amor que os salvará si, ante este tesoro de mansedumbre y de perdón, *vosotros tendéis la mano para agarrarlo.*

Querida mamá, entiende bien todo lo que esto significa.

Tu Pierre.

* * *

7 de agosto de 1919

Mamá:

Sé que tu recuerdo cariñoso y fiel rehace, como una peregrinación, el camino laborioso y vivo que nosotros recorrimos con la confianza

en el corazón. Querida mamá, ¡gracias! ¡gracias por ese recuerdo maternal que *"siente"* realmente el sufrimiento, el hastío que yo mismo sentí! Ésta es una demostración de que el amor une totalmente al que ama y al objeto de ese amor: las impresiones del ser amado resuenan con tal realismo en el corazón, que las dos vidas se acercan de forma indisoluble y vibran al unísono.

Así debería ser toda profundización de amor: producir la unidad... la unidad entre los hermanos y la unidad con el Dios de amor; ante todo, "ser tan participante de todas las emociones recíprocas, que actúen éstas mediante un motor único que es *el amor*".

Cuando os recordamos que tenéis que amar, ésta es la forma de amor de la que nosotros os damos ejemplo: "el amor tan perfecto, que es la perfecta fusión de las almas". Te he dicho, querida mamá, que nosotros sólo encontramos la armonía hacia la que todos tendemos, en la práctica de la perfección en el amor. He oído la objeción que te han puesto: "el investigador de las ciencias abstractas no sabe que busca la armonía, porque se conforma con cada solución alcanzada; si desea conseguir otra solución, es en cierto sentido por diletantismo, y no por una necesidad ardiente de elevarse a las cimas que lo conducirán a una cumbre definitiva. En resumen, la terminación exitosa y capaz de solucionar todos los problemas que se plantean en una rama especial de la ciencia humana, dejará a veces indiferente a un sabio a quien le bastan las soluciones del problema fraccionado. El conjunto le interesa poco".

Es evidente que el entendimiento perezoso puede así detenerse a medio camino de la búsqueda sagrada... digo sagrada, tanto al hablar de las ciencias naturales como de las morales. Pero el hombre cuya razón y pensamiento sean realmente amantes de la ciencia, no se conformará con esto; ante la perfección presentida, deseará intensamente profundizar más en la obra emprendida. Lo reconozco, llega un momento en que no hace pie la ciencia natural; pero interviene entonces la ciencia sobrenatural y acoge a la razón, presa de vértigo. Por ciencia sobrenatural quiero decir la que es la conclusión de todo

silogismo. Cuando la razón lógica ha llevado a la inteligencia a ese momento crucial, y le muestra de pronto una luz lejana, apenas perceptible en la neblina que la envuelve, hay que seguir la lógica *más allá* del razonamiento para encontrar *la fe*. ¡La fe! es decir, la ciencia que el alma reconoce ineludible, pero a la que el entendimiento ya no podría definir por sí solo. Es por tanto perfectamente válido decir que el matemático puede no encontrar a Dios al final de su razonamiento, pero es justamente porque no llega *hasta el final* de su razonamiento. Él divide la ciencia que estudia: la lógica y la geometría lo llevan a un punto X, que ilustra la "fracción de la ciencia" sobre la que trabaja, pero no "el conjunto". Es como si, queriendo representar una mano, trazaseis sucesivamente la forma de los cinco dedos, sin remontaros luego hasta la muñeca.

Esta imperfección en la búsqueda disminuye la necesidad de luz completa: es una debilidad que no puede servir de base a un argumento. La ciencia matemática no es responsable de la indiferencia estéril, pero el sabio que la estudia sí es culpable de pereza científica.

Me repito, querida mamá, para hacer comprender mejor mi pensamiento: todas las ciencias que son naturales desembocan en la "Ciencia de Todas las Cosas" (I Cor 13, 2) que es sobrenatural. Las ciencias naturales se explican y desarrollan por la lógica y el razonamiento; la ciencia sobrenatural no pasará por alto la lógica para afirmar su "cualidad de ser", si se trata de llevar de nuevo a la inteligencia a unas fórmulas matemáticas y geométricas. En efecto, el pensamiento no puede abarcar, por medio de figuras y de cifras, ni de deducciones razonadas y posibles de enunciar con teoremas, lo que se desvela de pronto ante él. El pensamiento debe sumergirse decididamente en la abstracción, y abdicar ante el alma, única capaz de continuar el estudio profundo y esencial que se refiere a la "Ciencia de Todas las Cosas".

Sin embargo, este estudio es tan accesible al alma del hombre como las matemáticas a su entendimiento. El que se detiene en la primera parte del programa es con mucha frecuencia un indolente, pero a veces un ciego que no ha visto la maravillosa grandeza de sus investigaciones sinceras.

Quiero repetirlo una vez más: lo que mueve al mental humano a explorar los secretos científicos, es la necesidad de armonía; conocer perfectamente es descubrir la armonía existente y oculta. Sólo se investiga con entusiasmo lo que se presiente: si no presintieras la luz más allá del obstáculo insondable, ¿por qué volveríais con obstinación hacia esa sombra? Adiviná is que no es infinita y que vuestra esperanza no es engañosa, porque, cuando rechazáis con paciencia esas brumas, comprobáis que se iluminan poco a poco... ¡sentís que un calor inexplicable caldea poco a poco vuestra alma!... por tanto, ¡un sol luminoso y ardiente se oculta bajo esos velos! Ésta es la lógica de la fe.

No obstante, el conocimiento de Dios no se revela a través de esta lógica, sino por la fe a la que *os lleva esta lógica*: llegáis aquí a la "ciencia sobrenatural".

Esto, querida mamá, es un esbozo, volveré sobre ello.

Tu Pierre.

* * *

8 de agosto de 1919

Querida mamá:

No es totalmente exacto decir que la fe es un movimiento intuitivo del alma, y no una ciencia. Evidentemente, no podréis proponer nunca unas formas geométricas de la fe, ni unos cálculos racionales sobre la naturaleza de la fe. Sin embargo, aunque la naturaleza sustancial de la fe no puede definirse así, no es menos cierto que la fe es demostrable por la experiencia, y no exclusivamente por la hipótesis; sólo que esas experiencias son *filosóficas*, sus efectos no son visibles como los de las experiencias matemáticas, pero son sensibles: quiero decir, evidentes a juicio de los sentidos. ¿Tenéis derecho a atribuir más verdad demostrada a unas ciencias que a otras? ¡No, por supuesto! todas las leyes que regulan las manifestaciones demostrables por la experiencia, son de la misma naturaleza. Habéis comprendido por fin la semejanza de todos los movimientos atómicos de los que veis los efectos, resultado de una causa única: la movilización espontánea o provocada

de los átomos. Lo que seguís sin comprender es el origen de la vida... o más bien lo que produce *la actividad* de esos corpúsculos.

La teoría atomística es exacta por tanto desde el punto de vista de los efectos conocidos, pero no puede suplir la necesidad de descubrir un dinamismo inteligente y creador que, después de haber hecho nacer los principios constitutivos de los átomos, los pone también en movimiento (no digo siempre *en el momento* de cada experiencia, sino muchas veces, por un impulso inicial que se convierte en inmanente y autógeno).

La Creación está basada evidentemente en *un plan*, cuya superioridad Dios ha mostrado, y que, desde lo infinitesimal a lo inmenso, continúa idéntico a sí mismo. El sistema, que vosotros constatáis fácilmente considerando las leyes astronómicas por ejemplo, se reproduce de forma indefinida, con sus centros de atracción en torno a los cuales giran cuerpos dinámicamente más débiles, pero que sirven a su vez de centro de atracción a otros más pequeños, mientras las fuerzas que los atraen a ellos son arrastradas a su vez a radios de acción más amplios.

Esta ley general de atracción, para vosotros evidente, continuará inexplicable mientras os obstinéis en continuar en el campo de las ciencias naturales: penetrad en el de las ciencias sobrenaturales... enseguida vuestra alma, sin detenerse a buscar pruebas imposibles en el estado actual de vuestros conocimientos, responderá sin vacilación: "¡Dios!" Eso es lo que yo he querido decir al hablar de la fe que va más allá de la lógica, aunque la lógica lleve a la fe.

Cuando hayáis atravesado la frontera del racionalismo voluntario, vuestros ojos se abrirán. Sin embargo, son las voces de lo Invisible las que os explican eso inexplicable, y vosotros no podríais instruir a vuestros hermanos, si ellos no se deciden a unas experiencias *personales*. Además, las ciencias naturales, las ciencias exactas, e incluso los primeros principios de la ética, llevan al deseo de la fe sin demostrarla. Así el alma, ilustrada por esas ciencias, deberá buscar *más allá*, para dar con la respuesta a su espera... ¡pero ese es el "campo de la fe"! ¡Si pretendéis caminar solos, aun tomando como guías a las almas que recorrieron antes que vosotros esos caminos infinitos, os

perderéis! Jesucristo es el "único Guía"... Él os lo ha dicho: "Nadie viene al Padre sino *por mí*" (Jn 14, 6). Sólo en la unión íntima con Dios, puede continuarse el viaje por los senderos de la fe; eso no es otra cosa que la comunión con Dios: el alma abriéndose como un cáliz para recibir el amor de su Dios, que le otorgará el nuevo nacimiento, por el que sus sentidos transformados se harán aptos para captar las armonías eternas. Con estas palabras, me refiero a todo lo que es perfecto: desde el Amor divino, hasta los efectos producidos por ese Amor. El Amor es creador, el Amor dio una forma a todo lo que fue creado por Dios: átomos y cuerpos gigantescos, ¡también infinitesimales ante el Todopoderoso! los movimientos de la materia y los movimientos del espíritu; nada es movido por el azar: un plan inteligente gobierna el universo y lo mueve hacia un fin... Los sabios constatan, pero sus definiciones más rigurosas sólo demuestra una cosa: "el carácter positivo de los fenómenos".

"¡Oh Padre! –decía el Hijo de Dios– te doy gracias porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes, y las has revelado a los sencillos" (Lc 10, 21).

Era, en efecto, el fracaso del orgullo científico ante la humildad de la fe.

Pierre.

* * *

9 de agosto de 1919

Mamá querida:

¡La fe! ¡qué incomparable don de Dios! la fe que es un don, es a la vez "un salario". Quiero decir con esto, que Dios sólo concede este don al alma que se muestra digna de él. Te sorprenderá esta afirmación... detente, y profundiza en mis palabras.

¡Sí, es cierto! ¡la fe es un don, un don y una gracia, puesto que el mejor de entre los hombres es un miserable pecador! Pero Dios no es un Dios manirroto que derrama indiferentemente las riquezas de sus gracias lo mismo a los que Lo rechazan que a los que Lo buscan. La fe es la manifestación del amor humano que responde al Amor divino. La

fe se promete sólo, por tanto, al alma amante que aspira sinceramente al conocimiento de Dios, y se consagra de forma apasionada a la realización de ese deseo; para esto, su esfuerzo debe ser personal y constante. No se puede tener fe en Dios sin *amar* a Dios; no se puede amar a Dios sin saber *por qué* se Le ama; no se puede saber por qué se ama a Dios sin *conocer* a Dios; no se puede conocer a Dios sin el Evangelio, *sin Cristo*, porque Dios es Amor y sólo Cristo mostró a los hombres esa cualidad que constituye la esencia de Dios. ¡Abrid pues el Evangelio! releed lo que Jesús de Nazaret os dice del Amor: "el Amor del Padre que perdona, el Amor del Padre que castiga por amor, el Amor del Padre que reclama el amor... y también, el amor del hijo culpable y temeroso, el amor del hijo arrepentido y perdonado, el amor del hijo que responde al Amor". He aquí lo que debe ser el vínculo que une al hombre con su Dios. ¿Sucede siempre así?

El alma humana tenía un excusa: su degradación le impedía conocer a Dios, la cegaba, cerraba sus oídos y ponía trabas a los impulsos de su corazón; no podía acercarse suficientemente a Dios para comprenderlo. ¡Entonces el Padre compasivo envió a su Cristo! Jesús le dice al hombre mortal: "Tú eres inmortal"... El hombre tiembla pensando en la inmortalidad que sigue al pecado, por consiguiente en el castigo. Jesús le dice al hombre: "Tú eres perdonado... *si lo deseas*", y el hombre comprende que el don de Dios tenía que *adquirirse*, para satisfacer la justicia de Dios; entonces, confuso por su debilidad, exclamó: "¿Cómo puedo demostrar esta voluntad?" Jesús le dijo: "Amando". El hombre, avergonzado de su degradación, sólo podía responder: "Yo he perdido la posibilidad de amar"; pero Jesús: "Tú aprenderás a conocer el Amor, ¡tú aprenderás a amar! ¿Podrías amar, sin creer en la existencia de aquél a quien amas?... mira *en mí* a Aquél a quien quieres amar, yo te llevaré al Amor esencial: ¡Dios!"

¿No está aquí, querida mamá, el resumen del Evangelio de Cristo? Los cristianos que esperan el don de la fe, sin que el trabajo de su alma los acerque a un Dios a quien su alma presiente pero todavía no conoce, esos cristianos están en el error. Dios da la fe a aquel *que Lo*

busca. Toda búsqueda es un *movimiento*: movimiento del cuerpo, movimiento de la inteligencia o movimiento del alma. Hay que obligarse por tanto a la actividad minuciosa para recibir la fe; pero cuando Dios ha visto el esfuerzo de su hijo, que tiende los brazos a pesar de las noche de perplejidades y de dudas, Él le *da* la fe.

La fe es un inmenso impulso del alma, que atraviesa en el amor y para unirse al amor, los espacios todavía velados; en esta oscuridad, la fe descubre unas leyes nuevas, más convincentes que todos los silogismos, que todas las conclusiones de la ciencia natural: para ella, la intuición está acompañada de pruebas tan reales como las deducciones del entendimiento, y la razón se siente tan satisfecha con la ciencia sobrenatural, como con las ciencias naturales. Ante este resultado, la fe se eleva radiante, y como no puede existir sin el amor, el alma recibe al Amor y entrega el amor.

Queridos míos, el Evangelio del Perfecto-Amor (no hablo del libro en sí, sino de las riquezas maravillosas depositadas en el alma por el Espíritu de Cristo), el Evangelio es el Pan de Vida.

Tuyo, Pierre

* * *

12 de agosto de 1919

Mamá muy querida:

Parece completamente extraordinario que haya que afirmar esta característica del Evangelio, ante la necesidad de belleza de la que están llenos sin embargo tantos corazones humanos...

Querida mamá, tal vez te sorprenda que te hable de "política"... sin embargo, este será el tema de nuestro encuentro, porque, en la sociedad humana actual, afecta de cerca tanto a las cuestiones psicológicas como a los problemas económicos. Quiero decir que las pasiones profundas del alma, a veces con su generosidad, y la mayoría de las veces con su egoísmo, constituyen sin duda alguna los móviles que influyen en la política. Naturalmente, yo no vengo aquí a discutir la teoría del régimen legal, que para nosotros ya no tiene en sí ningún

interés; pero no ocurre lo mismo cuando se trata de impulsos psíquicos cuyos efectos veis vosotros, y cuya causa vemos nosotros. ¿Quiénes de entre vosotros se atreven a confesar que el único dinamismo que les mueve, en la lucha colectiva y universal, es un interés personal? Digo *personal*, porque ese interés no siempre es individual: la motivación oculta puede explicarse por el interés de una colectividad (lo que vosotros llamáis *un partido*) y no siempre (cosa que es frecuente, sin embargo) por el interés de un individuo aislado. Pero en el fondo de todas las discusiones que os apasionan, de todos los esfuerzos que realizáis, ¡qué raro es el pensamiento verdaderamente altruista!

Sin embargo, jamás reconocéis en voz alta la hipocresía de vuestra actitud; habláis de *generosidad* hacia los débiles, de *justicia* hacia las minorías... ¡todos los motivos invocados llevan por otra parte etiquetas generosas y justas! Sabéis muy bien que si cae la etiqueta, la mercancía se hace irreconocible, porque, cuando se la examina para tratar de catalogarla y reconocerla, se parece tan poco a lo que era lógico esperar, que los corazones ansiosos se pierden muy pronto en ella.

Al admitir la sinceridad de esas etiquetas con las que disimuláis las verdaderas características de vuestro programa, nos confundís por lo inconsecuente de vuestra actitud.

Nosotros tratamos ahora de poner orden en las almas, que parecen presas de una ciega borrachera... El Poder del Mal, sacudido violentamente por el conflicto terrible que todavía no ha terminado, se empeña en turbar la mirada de los hombres. Oís las voces inspiradoras de confusión que gritan: "Habéis luchado por el bien de los pueblos, haced triunfar ese bien hasta el final". Este pensamiento es seductor, este pensamiento, si lo inspirara Dios, si fuera Cristo vuestro colaborador, sería una admirable victoria para el reino espiritual; por desgracia, no es más una blasfemia, puesto que sólo concebís el triunfo en el odio... en realidad, ¡en la injusticia! Decís amar, pero os lo repito: el Amor no está dividido contra sí mismo, y nunca lograréis la victoria del Amor pisoteando al Amor.

Entre aquellos, sin embargo, que son suficientemente ciegos como para creer en la sinceridad de su esfuerzo, ¿por qué hay tan pocos que tomen el Evangelio como norma de conducta... como guía? ¿Hubo nunca una llamada tan maravillosa a la solidaridad en el amor, como la de Jesús de Nazaret? amor hacia los pequeños, hacia los débiles, hacia los pobres... pero también hacia aquellos a quienes no atan sus riquezas a las redes del egoísmo y al endurecimiento voluntario. Él mismo fue lo que llamáis actualmente un *proletario*. Vivía al día, contando con el amor de los hombres para encontrar el pan cotidiano y el alojamiento necesario: Jesús no odió la riqueza, pero tuvo lástima del rico... "Le es difícil a un rico entrar en el reino de Dios"... (Lc 18, 24), dice a sus amigos, pobres de su pobreza, ricos de su riqueza; Jesús odiaba el egoísmo y la dureza que provoca la riqueza; Él advirtió al rico del peligro que corría su alma: "¡Ay de vosotros, los ricos, que ponéis vuestra confianza en las riquezas" (Mc 10, 24)! En resumen, Jesús mantuvo ante los unos y los otros la bandera del Amor, como criterio y como ejemplo.

Oh vosotros, que pretendéis cambiar a la humanidad egoísta y cruel, ¿qué excusa tenéis para no apoyaros en el Evangelio?... Si ni siquiera veis resplandecer la luz del amor del Hijo de Dios, ¿por qué os apartáis del rayo adorable que corona la cabeza del Hijo del Hombre?... ¿Quién amó más que Jesús? ¿quién enseñó mejor el Amor? ¿quién más que él hizo del amor la norma necesaria de la vida?... Pero ¡de verdad! vosotros no sois sinceros... cuando habláis de amor y de fraternidad, de solidaridad y de justicia, ¡mentís! poniéndoos en el lugar de ese Jesús que vivió y murió por amor, ¡hacéis el panegírico (inconsciente... *a veces*... aunque no siempre) del más feroz egoísmo!

El verdadero socialismo es el del Evangelio, porque nunca desea el Mal a otro: es el socialismo del Amor. El Amor, querida mamá, es el Pan de Vida; si no coméis de este pan para formar con él vuestra carne, seréis aniquilados... porque el Amor es el único que no puede aniquilarse: el Amor destruirá todo lo que no es él. Vosotros sufriréis hasta que no aprendáis a amar... todo queda falseado por la ausencia de Amor, puesto que el Amor es Dios.

Tu pequeño Pierre

17 de agosto de 1919

Mamá querida:

¡Tu Pierrot está muy contento! ¡tu Pierrot ha vuelto contigo a un lugar que le gusta!... Hay en él mucho trabajo para vosotros y para nosotros.

¡No te puedes imaginar la cantidad de voluntades malsanas que se manifiestan en el ambiente que os rodea! de espíritus malvados y poderosos... poderosos por la fuerza que les da el hecho de que los hombres rechacen la ayuda de Dios, y se separen así de los espíritus benignos, mensajeros del reino del Amor.

Querida mamá, tú eres de las que, intuitivamente, sienten un malestar indefinido en esa atmósfera de odio en que se respiran como efluvios envenenados. No te das cuenta de lo que provoca tu sensación de angustia: yo te lo explico, porque hay que luchar contra los que la producen, los "espíritus malos que están en los aires" (Ef 11, 12). Esta lucha, no sólo es posible, sino que Dios os la pide, Dios os la facilita, si buscáis en Él las fuerzas y la inspiración necesarias. Sin embargo, no obréis nunca con espíritu de resentimiento, de ira, de orgullo herido, de egoísmo, porque, por el contrario, de esos sentimiento culpables los ejércitos enemigos sacarían medios nuevos de acción y una fuerza mayor. Sólo podréis matar el odio con el amor; lo que quiere decir: destruir la injusticia con la justicia, el egoísmo con el altruismo, la violencia con la dulzura. No obstante, la justicia no implica la debilidad, sino que exige la "firmeza justa"... ¿cómo llamaríais justo a lo que es injusto?

Querida mamá, la ansiedad indefinida que turba tu alma es una gracia de Dios; sin esta ansiedad, podrías desconocer la obra que el Dios de Amor te confía en este momento, y dado que tienes buena voluntad, adormecerte en esa impresión favorable, dejando crecer el mal en torno a ti. ¡Eso *no debe suceder*! vosotros no estáis en la tierra por azar, y cualquiera que sea vuestra situación durante vuestra vida terrenal, sois un engranaje no sólo necesario, sino *indispensable* para la realización del plan de Dios: si faltáis a este deber, sois infieles a vuestro Maestro y a su amor.

Todos somos colaboradores de Dios... ¡misión inefable! un honor y una alegría... una dignidad que es una responsabilidad; precisa bien esta palabra: *dignidad*. Si Dios nos confía esa nobleza, es porque, realmente, nos quiere *dignos* de ella. Sólo es uno digno de dar un ejemplo, si se muestra como perfecto modelo. Vosotros queréis ser amados, porque sentís que la atmósfera de animadversión y de odio difícilmente deja respirar a vuestra alma oprimida... queridos míos, comenzad por amaros a vosotros mismos; amad a vuestro Dios, amad a su pueblo: ¡vuestros hermanos!... amad a vuestros enemigos que tratan de perjudicaros, que *se han hecho* ellos mismos vuestros enemigos. Imitad a vuestro Redentor: Jesús, el Amor sin defecto; Él oró por sus verdugos, porque temía que fueran castigados por la justicia de Dios: "¡Padre! *perdónalos*, no saben lo que hacen" (Lc 23, 34), una súplica y una excusa... ¡qué modelo de amor!

Oh cristianos, pretendéis seguir los pasos del Mesías, y respondéis al odio con odio; ¿es que os olvidáis de su Evangelio? "Rogad por los que os ofenden" (Lc 11, 28) No hay que conformarse con la neutralidad, con la indiferencia (te dije que ésta era sólo una palabra vacía de sentido), no hay que dormir para olvidar la ofensa; hay que *actuar*... hay que *amar*. ¡Os odian! ¡vosotros *amad*! se esfuerzan por descargar sobre vosotros injustos sufrimientos... ¡vosotros *amad*! ¿Son necesarios otros ejemplos, querida mamá? La lista sería larga: habría que enumerar todas las formas de odio, y responder siempre a sus nombres criminales con el nombre adorable: el Amor. Daos vosotros mismos, dentro de vuestra alma, esta medida (que servirá para mediros a vosotros mismos, no lo olvidéis).

Os sorprendéis cuando vuestras acciones buenas y vuestros esfuerzos sólo reciben como respuesta la ingratitud y la hostilidad... la injusticia en una palabra. ¿No es ésta vuestra actitud hacia Dios? Él os ha dado todas las cosas –¡todaslas cosas!– y entre todas esas cosas, os ha dado su Amor, Cristo, para haceros comprender la trascendencia del Amor. De este Amor, nada podrá separaros "ni la muerte, ni la vida, ni las cosas de arriba, ni las de abajo, ni los ángeles, ni los principados, ni las potestades"... (Rom 8, 38-39), en una palabra, ni un Bien que

pudiera hacer decir que ya no necesitáis otras gracias, ni un Mal que os dejase heridos y jadeantes... *¡nada, nada, nada!* ¿Cómo respondéis, hermanos míos en la carne, a ese amor que nunca habéis igualado, que supera al que habéis entregado al más querido de vuestros amigos? ¿Cómo respondéis a él? ¡Con el olvido, la infidelidad, la negligencia, la profanación! ¿Qué podríais entonces esperar de los demás? Vosotros los amáis, ellos os odian... ¿los amaréis nunca como Dios os ama? Lo que vosotros dais a Dios a cambio de su Amor es, en comparación de tal Amor, todavía más culpable que el odio de vuestros semejantes contra vosotros. "Padre, oh Padre, perdona a todos los hombres, ¡no saben lo que hacen!".

Por tanto, querida mamá, ¡no debéis deteneros, desanimados, al borde del camino de ingratitud! un alto en este deber, sería un pecado muy grave... *¡huida ante el enemigo!* cuando se trata de defender Su Reino, ¿cómo podría considerar Dios la deshonra que no perdonan los hombres en las batallas de la tierra?

¡Se abriría un boquete en la presa que se alza frente al río encauzado, en la muralla levantada frente al enemigo! cada uno de vosotros es una piedra de ese dique, de esa muralla, y para que su construcción sea sólida, es menester que sea edificada en el Amor, única roca inquebrantable, porque el Amor es Dios.

Tuyo, Pierre.

* * *

20 de agosto de 1919

Mamá chiquitita:

Me encanta poderme dirigir más directamente a ti durante unos instantes, aunque las corrientes telúricas sean muy desfavorables. La tierra está rodeada de ondas, que proyectan obstáculos totalmente teledinámicos: quiero decir, que tienen un poder de oposición que nos hacen muy difícil llegar a vosotros de forma fluida. Esos fenómenos suceden, exclusivamente, cerca de la tierra. Vosotros sentís un malestar

físico, que en algunos se convierte en moral; son los que tienen la costumbre de relaciones fluídicas extraterrestres: al encontrarse con el contacto interrumpido, sienten que les faltan unas fuerzas inconscientes... al menos en parte.

Tú eres de ésos, querida mamá. Sin embargo, si se me permite la expresión, están tan bien afinados nuestros "instrumentos", que llegamos a pesar de todo a reunirnos; nuestras almas han establecido entre ellas un camino de cariño que conocen a la perfección... ¡los obstáculos pueden retrasarlas, no paralizarlas!

Si comprendieran los hombres el poder dinámico del Amor, sabrían que en él se encuentra la posibilidad de mandar a las montañas: "Echaros al mar" (Mt 21, 21). Nada se resiste al Amor-Fuerza, porque el Amor es Dios.

Querida mamá, Juan Evangelista fue el que mejor amó de todos los apóstoles y, por lo mismo, el que mejor comprendió los secretos divinos del Amor-Cristo. Vuelve a tomar el Evangelio de Juan y, sin detenerte en las críticas formuladas por los exégetas en un juicio excesivamente miope, impregna tu alma en la ternura sagrada que aparece a través de sus textos. En efecto, es cierto que el Evangelio de Juan fue escrito en parte por sus discípulos, pero como te he dicho, la *letra* no es nada, todo está en *el espíritu*: ahora bien, el espíritu que impregna el Evangelio según Juan es, realmente, la concepción espiritual de Juan, el mejor amigo de Cristo, el que, por la intuición del cariño más puro, se había adentrado más en el alma sobrenatural del Mesías. Podéis por tanto sin exageración apropiaros de esta obra telética por excelencia, y hacer de ella una base sólida para llegar a descifrar el misterio de la Redención.

En resumen, si admitís... o más bien *reconocéis* que Cristo fue la encarnación del Amor intrínseco y extrínseco de Dios, el testimonio de Juan tomará a vuestros ojos su verdadero significado.

"Si me conocieseis a mí, decía Jesús, conoceríais también a mi Padre" (Jn 14, 7).

Querida mamá, ¡Dios es Amor!

"El que me siga, tendrá la Luz de la vida... si no creéis lo que yo soy, moriréis en vuestro pecado."

Oh mamá, ¡el amor es el sol de vida!... sin amor a los hermanos, moriréis; vivir en el pecado es morir.

"¡Permaneced en mí! permaneced en mi amor (Jn 15, 9). Este es mi mandato, que os améis los unos a los otros (Jn 15, 12)... ¡el Consolador! (qué inefable nombre, querida mamá), el Consolador dará testimonio de mí" (Jn 16, 13-14).

¡Pobre alma humana en la angustia! ¿podrías ser consolada con un don distinto del cariño? No, ¡no! todo lo que no sea amor, fracasará miserablemente.

Queridos míos, llenad vuestro corazón de la enseñanza íntima y profunda que empapa el Evangelio de Juan. Lo repito, nada refleja mejor la persona y la misión trascendental de Cristo, porque, por la fuerza de su cariño, Juan solo sintió instintivamente la verdadera cualidad esencial del Mesías. Podríais suprimir por tanto los demás relatos evangélicos; si conservaseis las palabras inspiradas de Juan tal como fueron trasmitidas a la posteridad, tendríais el substrato indispensable del Evangelio:

«EL AMOR»

Mamá querida, te digo esto porque te pido que lo repitas muy alto, sin dejarte condicionar por las restricciones de la ciencia teologal en lo que se refiere al Evangelio según el amigo querido del Mesías. Muchas almas son todavía incapaces de comprender nuestro mensaje, el cual, lo repito, no es una "nueva revelación": entregándose al mundo, Cristo aportaba la única revelación posible para el futuro, puesto que no es posible que Dios entregue a la humanidad un regalo superior a su Amor mismo.

Sin embargo, habéis dejado que la *"Buena Nueva"* se pierda en el ostracismo, en los velos materiales, en la costumbre mecánica; se ha convertido para vosotros en una "vieja historia" demasiado conocida, que ha perdido la fuerza de la actualidad. Por eso, en Su paternal solicitud, Dios envía a su Consolador, y por último a los espíritus de los que conocieron las limitaciones de la carne. ¡Sí! Dios nos envía, y

todos nosotros os suplicamos: "No endurezcáis vuestros corazones" (Heb 3, 7).

Hay algunos de entre vosotros que no están dispuestos a recibir nuestro mensaje: tienen un velo en los ojos, un tapón en los oídos. A ésos, querida mamá, que con mucha frecuencia son sinceros, ofrecedles únicamente el Evangelio según Juan. El misterio de la comunión entre nosotros y vosotros tal vez aún los turbaría... los textos de Juan, humanos pero divinamente tiernos, resonarán en sus almas. Cuando hayan descubierto el Amor, ¿podrán escandalizarse de su inmortalidad? Juan no dice en ninguna parte que Cristo haya monopolizado el Amor, ofrece por el contrario las exhortaciones de Jesús: "¡Amaos los unos a los otros! ¡Amadme! ¡Permaneced en este amor!... El Padre y yo somos uno, sed uno".

¡Qué triunfante igualdad! Esta igualdad ha salido del Amor... ¿podríais encontrar una prueba más clamorosa de la universalidad del Amor? "El hombre debe permanecer en el Amor-Cristo, Cristo es Uno con Dios, Dios es Amor".

Sí, querida mamá, ¡dad a vuestros hermanos esta riqueza santa, que procede del testimonio más cariñoso! y cuando la humanidad, iluminada por Juan, suspire ansiosamente después del Amor, *entonces* acogerá con gratitud las luces con las que Jesús nos confiere la misión de aclarar la Redención. Vosotros no estáis salvados... *todos* salvados, ¡porque todavía no sabéis *amar*!

Tu Pierre

* * *

22 de agosto de 1919

Mamá:

¡Déjame tu mano un instante para que pueda mostrarte mi cariño solícito! ¡Sé que estás *mal*!... es una sensación que aquí desconocemos. ¡Pobre mamá! verás qué maravilloso es no sufrir en el propio cuerpo, tener un cuerpo que te *sirve* y no te *molesta* nunca.

Sin embargo, este cuerpo espiritual, que se parece tan fielmente a nuestra envoltura terrenal, forma "parte de nosotros", pero "pone de relieve" nuestro espíritu y no lo oculta, no lo disimula, como en la tierra.

Te quiero, mamá... mi pequeña mamá.

Tu Pierrot

* * *

26 de agosto de 1919

Mi querida mamá:

¡Es triste –¿verdad?– no poder continuar nuestros dulces encuentros!... voy a tratar de decirte algunas palabras que serán tal vez la "vuelta a empezar".

Querida mamá, quisiera hablarte en esta ocasión de una ventaja: *el silencio*.

Saber callar... aprender a saber callar es con frecuencia un deber tan positivo como el de hablar (para afirmar por ejemplo sus convicciones y su fe).

El silencio es una meditación esbozada: cuando evitáis responder, tenéis tiempo para entrar en vosotros mismos. El silencio puede ser la roca contra la que las olas espumantes se rompan en vano... recordad el silencio de Jesús ante los que pretendían juzgarlo.

Pero para que esté de acuerdo con la voluntad de Dios, el silencio, como cualquier manifestación psíquica, debe instalarse sobre una base de amor; quiero decir con esto que el silencio suplirá con una plegaria la respuesta o la palabra desconsiderada. ¡Vosotros no rezáis nunca lo suficiente! la oración es una gracia de Dios, que da al hombre el Espíritu de Dios para comprender y la Mano de Dios para actuar; porque con la oración (si se trata de la verdadera oración del hijo a su Padre) sometéis vuestra debilidad a las decisiones divinas. Dios os sustituye, por tanto, a vosotros, y vuestras obras son las Suyas... Puedo decir "*a nosotros*", porque la oración llena una parte de nuestra actividad. La oración, en efecto, no debe nunca ser pasiva, sino activa, porque las fuerzas desplegadas por el alma son tan necesarias para unirse voluntariamente con Dios, como para mantener una independencia peligrosa y llena de orgullo.

Nosotros aprendemos también en nuestras esferas este himno del silencio. Algunas almas creyentes han vislumbrado los privilegios maravillosos vinculados al hábito del silencio; pero no hay que *inmovilizarse* en el silencio –porque ése es el error de las almas que se aíslan en él–; por el contrario, hay que hacer de ese silencio una fuerza y un ejercicio del alma. Cada vez que reaccionáis con energía contra las palabras impulsivas, imprimís un movimiento evolutivo en vuestro ser espiritual. Evidentemente, hay casos en los que, por el contrario, no tenéis derecho a callaros: al aconsejaros el silencio, me refiero a aquellos casos en que sois acusados *personalmente*, y en los que el peligro de sembrar una semilla de rabia, para defender vuestro amor propio y vuestro orgullo, se abre ante vosotros como un abismo.

Imitad la actitud inefable de vuestro Maestro: cerrad vuestros labios y "poned la mejilla izquierda" al que ya ha golpeado la "derecha" (Mt 5, 39). Seréis juzgados "por vuestras palabras" (Mt 12, 36-37), no lo olvidéis; y esto, porque –lo repito– toda palabra es una semilla; ninguna vuelve a vosotros de vacío, cada una realiza la obra que habéis engendrado: una para el Mal, el pecado, *Satán*... otra para el Bien, el Amor, ¡*Dios*!

No seréis discípulos del Perfecto-Amor, si no "ponéis freno a vuestra lengua", porque el pensamiento amoroso es obligatorio para ser inscritos en el Libro de la vida: es decir, para alinearse entre los que siguen al Mesías.

Te he mostrado aquí una de las grandezas del silencio; quiero que comprendas hasta qué punto se da, en esa forma especial de silencio, una realidad de "renuncia a sí mismo" que es la escuela del sacrificio por el otro.

Pero el silencio es también un medio para adquirir el tesoro del Cielo. Que ni vuestro espíritu, ni vuestra alma sean una morada cuyas puertas y ventanas estén abiertas. Preparad santuarios donde, *con las puertas cerradas*, (hablo en sentido figurado) podáis encontrar a vuestro Dios.

En la vida terrenal, el que tiene un maestro se acerca a él diariamente para conocer sus deseos, darle cuenta del trabajo realizado, mostrarle su afecto y disculparse por los errores cometidos; así debe

ser con el Maestro de los maestros. Sólo lo encontraréis en la soledad y el silencio que, en estos casos, puede llamarse "el recogimiento". Habéis guardado silencio ante las palabras malas de la maldad humana, guardadlo también para "*acoger*" las palabras de amor de Cristo, Amor del Padre.

Y aquí escucharéis también las voces de vuestros seres queridos, que salieron vivos de las tumbas. Sí, querida mamá, todas las voces del Cielo... "*la voz inefable* de Dios"!... quiero decir la voz *única*, pero que no tiene límite en lo infinito de su expresión audible: la voz de Cristo, severa o de aprobación, aunque siempre tierna, puesto que Él es la trascendencia del Amor; la voz del Consolador, nueva forma del Amor divino... y las nuestras, las voces de las miríadas, que no han dejado de ser hombres, aunque se parezcan a los ángeles cuando se elevan hasta el deseo activo de su pureza.

En el "recogimiento", mamá querida, vuestra alma escuchará todas esas voces del Cielo, y sacará de su amor sin cambio las fuerzas vivas necesarias para la acción.

Aprended por tanto a amar el silencio, a hacer de él una coraza contra el mal, un arma para el bien y un alimento para el viaje de ascenso hacia la unidad definitiva.

Tu Pierrot

* * *

27 de agosto de 1919

Mamá muy querida:

Entre las voces que os hablan en lo Invisible, sé que distingues la de "tu pequeño Pierre". ¿Por qué afligirte con la separación, cuando en realidad no existe? Tú me hablas y yo te respondo... evidentemente, no estamos lejos el uno del otro.

¡Es extraño constatar que los mayores creyentes, los más iluminables y los más iluminados, conservan sin embargo una íntima ansiedad que vela su fe! ¡*Tú sabes* que estoy *vivo*! *sabes* que no he

perdido la posibilidad de comunicar contigo a través del pensamiento y del cariño; a pesar de eso, sientes en tu vida el dolor de la ausencia... Querida mamá, ¡no debería ser así! pero yo me acuerdo... y Cristo se acuerda... ¡y Dios sabe bien "de qué están hechos" los corazones de los hombres! Vuestra desesperación no es por tanto un pecado, sino una debilidad, y hay que aprender a través de todo y siempre a ser fuerte.

El velo de la materialidad, que se interpone entre la tierra y nosotros, es muy difícil de rasgar. Vosotros habéis recibido el bautismo de Cristo, no sólo el bautismo que es un símbolo, ¡sino el bautismo del Amor y del Espíritu! habéis recibido ese bautismo, y creéis en ese Salvador que con Su vida os muestra al hombre según el deseo de Dios y, con su muerte, al hombre según el cumplimiento de la voluntad del Padre.

Jesús os dijo: "Yo estoy siempre con vosotros" (Mt 28, 20) ¿quién de vosotros es consciente de esta presencia positiva, *objetiva*? Estáis insuficientemente preparados para recibir esta bienaventuranza, porque las cosas del espíritu... del Cielo, os parecen irreales para vuestra vida terrenal, y sólo reales en un futuro en el que pensáis con una secreta aprensión, porque sabéis que tenéis que atravesar las puertas de la tumba para acceder a él.

Querida mamá, el Cielo y la tierra no son mas un *mismo* universo; aceptad conscientemente esta idea: la muerte no existe, los que situáis en un mundo indefinido que llamáis Cielo, os rodean, y Cristo está *realmente*, *personalmente* en medio de vosotros.

.....

* * *

28 de agosto de 1919

Mamá querida:

¡Sí, Jesús, el mismo Jesús que piso el barro de la tierra vive en medio de vosotros! y Jesús es el Amor... el Amor que tiene una forma personal, individual, una forma que puede hacerse visible... y se hace a veces visible; porque aquí, los pensamientos, los efluvios espirituales

toman, cuando el caso lo requiere, *una forma* que los hombres a pesar de sus ojos enfermizos llegan a distinguir objetivamente. A nosotros nos es difícil apreciar el momento en que *vosotros veis*, con los ojos del mundo, lo que para nosotros es siempre visible; en efecto, todas las manifestaciones espirituales son, para nuestra espiritualidad, objetivas y reales; vivimos, por tanto, en un mundo poblado espiritualmente, psíquicamente. Vosotros no sabéis que, en este mundo, ya no existe la barrera que separa lo que vosotros calificáis de visiones imaginativas, hijas del espíritu, y lo que, también para vosotros, se manifiesta de una manera positiva. De modo que tenemos a veces la ilusión de que vosotros distinguís esas visiones, cuando ellas siguen ocultas a vuestros ojos; pero sucede, por el contrario, que os encontráis bruscamente ante una revelación visual, que se produce al margen de nuestra conciencia, (en cierto sentido, *a pesar de nosotros*), y que os sorprende. Es la mirada furtiva sobre nuestro mundo, que os permite de pronto descubrirlo... pero vosotros no estáis hechos para permanecer en el espíritu, mientras permanecéis en la carne... y el velo vuelve a caer.

Sin embargo, admitís con demasiada facilidad la teoría de la alucinación y de la imaginación; es evidente que algunos casos patológicos pueden explicar los éxtasis, por ejemplo, pero eso no quiere decir que esos éxtasis sean un ficción del cerebro, porque muchas veces el espíritu se desprende de un cuerpo incómodo, para volver a sumergirse en las esferas espirituales y consoladoras. Lo que es realmente anormal es el estado de semi-desencarnación que subsiste para esos seres enfermos, de manera que viven mitad en un mundo, mitad en otro; su anomalía es tan grande en nuestra esfera como en la vuestra. Deben por tanto recibir los cuidados que necesitan sus cuerpos, física y espiritualmente desequilibrados, porque corren el riesgo de "sentarse entre dos sillas", si se me permite esta expresión.

Al margen de estos ejemplos, querida mamá, hay que admitir las organizaciones ya evolucionadas, y que cuentan con un poder espiritual muy especial. Ellas nos visitan, pero vuelven luego a sus "moradas" de la tierra. Es la dualidad de su ser la que desarrolla

normalmente esas cualidades adecuadas. El hombre, no lo olvides, no es sólo materia, ni sólo espíritu, mientras su alma está en la carne; ¿por qué había de perder una de sus cualidades naturales? Vosotros, os lo aseguro, vivís a la vez por el espíritu y por el cuerpo; es, lo he dicho, la vida profunda del alma (que es vosotros, tanto como vuestro cuerpo). No debéis permitir que os domine vuestra carne, ni siquiera durante vuestra peregrinación terrenal; el único medio que os permitirá la victoria del espíritu es la práctica del amor.

Las satisfacciones materiales de vuestro ego... (todo lo que le hace triunfar) son evidentemente temporales. Pero hay en este ego autoritario una fuerza estimulante y peligrosa del egomismo –quiero decir del egomismo espiritual–.

Mientras estáis en guardia contra los pensamientos personales, y materialmente, sensualmente egoístas, levantáis dentro de vosotros, para vuestra alma, un altar donde venís a adorarla so pretexto de preocupaciones espirituales. Eso no es practicar el Amor: "El que quiera venir en pos de mí, dice el Maestro, debe *renunciar a sí mismo*" (Mt 16, 21)... ¿creéis que vuestra alma es menos "vosotros mismos" que vuestro cuerpo?

Ahí está el gran error de la Iglesia, que incita al hombre al egomismo espiritual, en favor de su salvación individual. ¿Qué hace la Iglesia con la enseñanza del Perfecto-Amor? "El que quiera salvar su vida la perderá" (Mc 8, 35)... ¿se trata de la vida del cuerpo material, sí o no? "Quien pierda su vida por mí, la encontrará" (Mt 16, 25). Debéis, por tanto, "renunciar por completo a preocuparos de vosotros mismos, para pensar sólo en el bien de vuestros hermanos"... en su bien para la tierra, en su bien para la eternidad.

Ésa es la obra de amor, la regla de oro, el dirigirse por el "camino" divino... es decir, Cristo. No temáis perderos por no pensar nunca en vuestro destino particular: "La senda estrecha" no permite a los pies del viajero ni los pasos en falso, ni los rodeos; no temáis las posibles caídas: fijos vuestros ojos en la Luz del Amor, encuentran en ella un faro sin alteraciones; no temáis los peligros, ni la muerte: la Cruz, que es vuestra bandera, os confirma la victoria eterna de la Vida.

Caminando en el amor, por el amor, alcanzaréis el Amor, Dios. Pero Dios no está en el egoísmo, todo pensamiento egoísta os aleja de Dios. Renunciad a vosotros mismos, a *todo* "vuestro propio yo"... Cristo hace de ello asunto suyo; Él es fiel, Él es vuestro "banquero". Él hace rendir vuestro capital, pero comprende que gastéis vuestras rentas espirituales en la caridad... ¡en el amor!

Tu pequeño Pierre.

* * *

29 de agosto de 1919

Sí, mamá querida, como ya te he dicho muchas veces, nosotros recordamos todo lo que durante nuestra vida terrestre provocó sentimientos del alma: alegrías y penas, entusiasmos y enfados, benevolencia y malevolencia. ¿Podríamos, si no, arrepentirnos de las faltas cometidas o alegrarnos de haber sido servidores fieles?

Los pecados más graves son los pecados contra el Amor; el Amor es Dios: siempre que el hombre falta al amor, hiere *el Ser mismo* de Dios. La existencia terrenal es la escuela del Amor, en ella debemos aprender la práctica perfecta del amor en la solidaridad. El mal reina en la tierra, porque el hombre, fallando a su vocación, indiferente hacia todo lo que no es su propia persona, vive en un feroz y cruel egoísmo... ¡sí! el mejor de entre los hombres es un animal de presa: ¡sus apetitos son sus dueños! es esclavo de su ego y se adora a sí mismo. Releed el mito de Narciso, en el que vuestros padres os mostraron, en una verídica inspiración filosófica, la degradación del alma humana y su culto egomista.

¡Es absolutamente necesario arrancaros de ese mortal peligro! Os adentráis en un jardín lleno de flores, que bautizáis con nombres lisonjeros a vuestro orgullo... pero ellas crecen en arenas movedizas. Poco a poco, vuestros pasos van más lentos, y mientras contempláis esas plantas frondosas que mantenéis con vuestra suficiencia y vuestro

olvido de todo lo que no es vosotros mismos, vuestros pies se sumergen y pronto os hundís completamente.

Querida mamá, el amor altruista es activo, diligente para esforzarse por los demás: este amor es la vida. El amor hacia uno mismo es perezoso, está estancado: es la muerte, la muerte del alma.

En las esferas bienaventuradas, aprendemos que el secreto de la felicidad que Dios desea para todos los hombres, es el amor al otro; Dios que es Amor, desea en efecto la felicidad de todos. Oh, queridos míos, vosotros lo notáis perfectamente en vuestros dolores; cuando nubes sombrías llenan de oscuridad las horas de vuestra vida terrestre... sentís toda la anormalidad de semejante situación, aspiráis a la felicidad y, si razonáis con lógica a través de silogismos, llegáis a la conclusión de que el alma no desea nunca lo irrealizable. El hecho de aspirar a una felicidad sin tacha, es la certeza de esa felicidad; puesto que podéis concebirla, existe; la lógica exige la plausibilidad de las conclusiones finales. Por tanto, la felicidad que jamás conocéis vosotros en la tierra ¡existe! y *nosotros*, los espíritus liberados, os lo confirmamos con alegría: existe en el Amor... el Amor es Dios.

Pertrechados con estas provisiones para el camino, poneos en marchar olvidados totalmente de vosotros mismos. Cristo os precede... ¡mejor aún! Cristo es *el Camino* en el que debéis poner vuestros pies –¡Cristo es Amor!– Cristo es *la Puerta* que debéis franquear –¡Cristo es Amor!– Cristo es *la Verdad* de la que debéis alimentaros ¡Cristo es Amor! Cristo es la *Fuerza inicial y la Meta*: resurrección, santificación, no sólo de vuestra propia persona, sino de todos los hombres vuestros hermanos –¡Cristo es Amor!– Cristo es la garantía de que vuestro trabajo no es ilusorio, de que trabajáis por el reino de Dios, por la unidad recuperada con Dios –¡Cristo es Amor!–.

Querida mamá, déjame desarrollar para ti un pensamiento que el amor, vislumbrado un momento en la tierra, me había inspirado:

"¡Lo que importa no es la suerte individual! lo que importa es la victoria del reino de Dios entre los hombres: el triunfo del Amor".

Nosotros lo habíamos comprendido al entregarnos a la patria terrenal... vosotros debéis comprenderlo y entregaros a la Patria celestial. El Cielo, no lo olvidéis nunca, no es un sitio, un lugar, un mundo especial; ¡el Cielo es un "estado de alma"! Esto rebasa todavía vuestra comprensión: aceptadlo por la fe.

En lo que se refiere al lado práctico de la enseñanza que nos ha encomendado... (que no es otra que la enseñanza del Evangelio del Mesías) debéis renunciar simplemente a vosotros mismos... a preocuparos de vosotros mismos, para pensar sólo en vuestro Dios y en vuestros hermanos.

Tuyo, Pierre

* * *

30 de agosto de 1919

Querida mamá:

My poor little Mammy! *(¡Pobre mamaita!)*

Me es grato vivir de forma especial en tu corazón el recuerdo de uno de los momentos de mi existencia terrena, en el que las emociones del alma fueron de una violencia contradictoria inusitada, pero donde el espíritu se mantuvo victorioso de la materia... ¡de manera absoluta! Por eso, en mi vida actual, recuerdo con alegría aquella hora de prueba. Únete, mamá querida, a este sentimiento, muy dulce te lo aseguro, y olvida los sufrimientos del cuerpo: ellos producen un "fruto de justicia y de paz" (Sant 3, 18), cuando el alma ha seguido siendo dueña del campo de batalla. Es en recuerdo de esta lucha, moral y material a la vez, como quiero hablarte muy en especial de la renuncia a uno mismo, sin la cual nunca llegaréis a cumplir *toda* la voluntad de Dios.

¿Podríais admitir en la tierra que un criado, a quien hubierais confiado una tarea, realizase sólo una parte ínfima de su trabajo y viniese a reclamar su salario? Esta es la actitud permanente del cristiano ante Dios. La renuncia a sí mismo es en efecto la condición indispensable de la obra que Dios os ha encomendado, discípulos de un Maestro que sólo vivió en la renuncia. Es, en cierto sentido, la limpieza del lugar: antes de edificar, apartáis del solar elegido aquello

que puede entorpecer vuestro trabajo, y cuando el terreno está limpio, eliminái también *bajo* el mismo suelo todo lo que podría comprometer la solidez del cimiento. Así debe ser en la obra de vuestra fe: la renuncia es apartar, suprimir sistemáticamente lo que estorba a vuestra alma; cuando ese trabajo... *indispensable* no lo olvides, se termine, pondréis el cimiento inquebrantable: Cristo, el Amor. Sólo entonces levantaréis el edificio que no tenéis derecho a dejar inacabado, ni a construir superficialmente con materiales de deshecho, puesto que es vuestro trabajo personal en la construcción de la Ciudad de Dios.

Toda nube, en el cielo del amor que envuelve de luces eternas esta Ciudad santa, oculta un rayo destinado a calentar, a iluminar a otras almas con la vuestra. La negligencia es por tanto una ruindad, porque vuestro trabajo es una misión de solidaridad fraterna. No debéis adormeceros con la ilusión de que sólo os perjudicáis a vosotros mismos, si no obedecéis los mandamientos de Dios, si no seguís los pasos de vuestro Maestro; el lugar que ocupáis en el plan general no puede ocuparlo nadie; es individual e irremediablemente *vuestro*. Si dejáis que se produzca un vacío en la construcción de la "nueva Jerusalén", entrará el enemigo y retrasará la hora gloriosa del reino del Amor.

En una comunicación anterior, te puse ya la comparación de la cadena que representa a la humanidad: con que falle un solo eslabón, compromete la solidez del resto. No debéis permitir que la solidaridad de la raza humana sea una palabra hueca, porque Dios os ha concedido la gloria y la dignidad de no poder salvaros en el egoísmo. ¡Toda negligencia, todo descuido es un pecado contra el amor! Dios no hace responsable del pecado de los demás al alma sincera y activa, pero el pecado individual influye en el destino de toda la humanidad. Es necesario (recordad estas palabras del Buen Pastor) "un solo rebaño y un solo pastor" (Jn 10, 10), para que la paz se asiente definitivamente en el Aprisco celestial.

Querida mamá, aunque la decisión del Padre es una de las causas de sufrimiento para la humanidad, es al mismo tiempo la de su

grandeza: la responsabilidad de unas almas respecto a otras, transforma la obra de la salvación. Debéis continuarla en el olvido total de vosotros mismos... en la renuncia.

Qué inefable paz inundará vuestro ser, creado para vivir en esas alturas espirituales, cuando hayáis comprendido el nuevo nacimiento en el amor. Refugiados en el corazón de ese Jesús inmortal, de ese Perfecto-Amor, vosotros también habréis "vencido al mundo" (Jn 16, 33). ¿Existe otra esperanza más dulce? Es aquí donde no habrá "ni lutos, ni lágrimas, ni gritos, la muerte ya no existirá" (Apoc 21, 4).

Recordad, queridos míos, que el mal que llena la tierra altera la pureza de *nuestra felicidad*. Lo repito, nosotros conocemos algo parecido a la santa tristeza de Dios ante el mal: nosotros que sólo vivimos por el Amor, sufrimos cuando pecáis contra el Amor. Para que se establezca en el universo (entiendo por universo la creación entera: el Cielo, la tierra y los demás mundos salidos de Dios) el momento inefable, anunciado por Cristo, es necesario el triunfo del Amor: este será el "cara a cara" con Dios.

Sólo entonces comenzará la Era prometida y la derrota de la muerte: la muerte de las almas seguirá siendo posible hasta esa hora en la que Cristo, –que es lo Absoluto y lo Infinito del Amor–, ponga definitivamente su pie en el último intento del mal. ¡Acelerad la llegada de la felicidad, tan ávida y tan vanamente buscada! ésa será la victoria de la voluntad de Dios, porque la voluntad de Dios *es la felicidad de todos sus hijos*, puesto que Dios es Amor.

Nosotros somos los colaboradores de Dios, y Cristo nos llamó *sus amigos*, cuando nos reveló que el Amor universal era el plan de Dios: "el siervo no sabe lo que hace su señor, pero yo os llamo *mis amigos*, porque os he mostrado la obra de Dios" (Jn 15, 15).

Esa obra, oh vosotros todos, amigos y discípulos del Perfecto-Amor, vosotros que habéis rodeado su Cruz redentora, vosotros que lo habéis visto morir en la renuncia por amor; esa obra la conocéis vosotros en toda su belleza: es el sacrificio por vosotros, y el amor por vuestros hermanos.

Querida mamá, te amo y te beso... No digo que *te envío* un beso, ¡te *doy* un beso!

Tu "pequeño"

* * *

31 de agosto de 1919

My dearest Mamma, Mamá chiquitita,

La "palabra del Eterno" llena la tierra como en tiempo de los profetas, como en los días de la Iglesia cristiana primitiva... pero todavía más que en aquellos días, en que la ingratitud humana hizo gritar de dolor a aquellos a quienes se les llamaba: "los hombres de Dios", la generación actual cierra sus ojos y sus oídos.

La "palabra del Eterno" azota con sus olas la roca de vuestros corazones; a pesar de la reprobación que algunos cristianos aplican al término: "la ira de Dios", ésta conserva todas sus llamadas llenas de reproches... pero estos "reproches" son justamente "llamadas". La "ira de Dios" es una santa indignación; los profetas la traducían en palabras que podían provocar la atención de las tribus primitivas y despertar su conciencia. Aquellas amenazas serían hoy más sorprendentes que edificantes, porque en otros tiempos había otras costumbres, y el Cristo de Dios nos ha revelado su incansable amor.

Sin embargo, cuidad mucho de vuestras almas, porque Dios es tan justo y santo como bueno: su bondad sin justicia sería sólo debilidad, y dejaría de ser la *perfección*... ¡la armonía! Queridos míos, como en tiempos de la Primera Alianza, los profetas os invitan al arrepentimiento y al amor. Nosotros hablamos en nombre del Eterno... somos enviados para hacer un llamamiento a vuestras inteligencias, pero también a vuestros corazones; que todos los sabios de vuestra época estudien a conciencia las diversas manifestaciones de nuestra presencia entre vosotros, ¡se lo suplicamos! Cuanto más versados estén en esta ciencia nueva del conocimiento de lo Invisible, mejor eliminarán los elementos extraños y nocivos... los falsos profetas, que

han existido siempre y que pueden hablar desde este mismo Invisible, lo mismo que hablan en la tierra; son los espíritus mentirosos, encarnados o desencarnados.

El mundo tiene una necesidad apremiante de Dios, ¡el mundo ignora todavía esta necesidad! sin embargo, los hombres caminan hacia una era, en la que la ausencia de todo conocimiento de Dios los llevará a las costumbres de la barbarie y del egoísmo salvaje. Como en tiempo de los profetas, "vendrán días en que Dios enviará hambre a la tierra; no el hambre de pan, ni la sed de agua, sino el hambre y la sed de escuchar las palabras del Eterno" (Amós 8, 15). Quiero decir que, ante el desenfreno de los apetitos más groseros, la humanidad, presa de terror, tratará desesperadamente de hacer renacer los beneficios procedentes de la Cruz del Amor.

Nosotros vemos, querida mamá, esta crisis de dolor que amenaza a la tierra, y como los profetas enviados por Dios, venimos a recordar a nuestros hermanos los mandamientos inefables del Salvador. Cristo es el Salvador eterno, su acción sobre las almas no está pasada de moda, continúa siendo el medio único y todopoderoso para llevar a puerto a la raza humana, arrastrada por la tempestad del mal.

Cristianos, ¡de pie! ¡toda flaqueza, todo dejarse llevar es una cobardía! ¿Cuáles son las armas que os faltan?... habéis aceptado seguir a vuestro Maestro por el camino de la renuncia y del amor, en él habéis encontrado a los santos, a los mártires de todas las edades y a nosotros todos, los hijos de vuestro siglo, que aceptamos el sacrificio con *el mayor amor*: el de "dar su vida por los demás". Esa gran "nube de testigos" ¿no os basta para ayudaros a defender la causa sagrada del Amor? Dad ejemplo, amigos míos, ¡dad ejemplo! Envidiáis el privilegio de vuestros padres, que veían a los ángeles de Dios caminar sobre la tierra... ¡pero ese privilegio no está abolido! vuestro endurecimiento es el único que os impide sentir "que vuestros corazones se abrasan dentro de vosotros (Lc 24, 32)" cuando camináis, acompañados por un ángel del Cielo. ¡Nuestra presencia es real! en el fondo de vuestra alma de luto, lo sentís perfectamente, mujeres y madres heridas por los efectos crueles del pecado... ¡no tenéis derecho a callaros! Como los profetas a Israel, Dios envía mensajeros a

vuestras almas: los espíritus liberados, instruidos por los ángeles; y vosotras que escucháis nuestras voces de consuelo y de confirmación, debéis proclamar la eternidad del amor. Dios es Amor, Cristo es Amor, el Consolador es una palabra de Amor; por tanto, ¡el Amor es inmortal! El mundo, sobre el que el Poder del Mal hace un intento supremo, despertará tal vez en el abismo, de donde sólo se vuelve a subir por el sufrimiento, con el sudor y las lágrimas de sangre, si vosotros, los depositarios de esta gracia, no realizáis vuestra misión de amor.

Ante el peligro del mal que amenaza, Dios, previsor y lleno a amor, envía llamadas apremiantes a la negligencia y a la dureza humanas. La Iglesia ha echado un velo tupido y criminal entre los ángeles de Dios y los hombres; Dios os ordena: ¡Arrancad ese velo! ¡arrancad ese velo que ensombrece mi Amor siempre presente! El Cielo está abierto, ¿por qué no entráis en él? ¿por qué cerráis las barreras de vuestras almas a los "ángeles que suben y bajan sobre los hijos de los hombres?" (Jn 1, 52).

¡Qué responsabilidad, querida mamá, para los mensajeros de nuestro Dios! *nosotros* somos Sus mensajeros en el Cielo, pero no podemos actuar sin vosotros, que debéis ser Sus mensajeros en la tierra.

Pierre.

* * *

1° de septiembre de 1919

Queridos míos:

Cristo venció a la muerte, Cristo es el Perfecto-Amor, lo que quiere decir: "el plan de Dios perfectamente realizado". Él os ha demostrado la inmortalidad y la supremacía del amor; frente al amor, la muerte no puede nada, nada, ¡nada! No os conforméis con conocer esta victoria y creer en ella, es necesario en cierto modo "ponerla en práctica"... quiero decir: actuar tan convencidos de la continuidad segura del cariño, que la muerte para vosotros quede ya aniquilada.

Queridos míos, no os aflijáis desesperadamente por la ausencia momentánea de los vuestros: nuestra ausencia se debe sólo a vuestra

limitada imaginación; en verdad, en verdad, os aseguro que nunca habíamos estado tan íntimamente unidos a vuestra vida, durante los días pasados en la tierra. El Apóstol (que comenzaba a entrever las consecuencias de la venida que demuestra el Amor en la carne: Cristo), el Apóstol os dijo: "No lloréis como los que no tienen esperanza" (I Tes 4, 13). Nosotros, los espíritus que os pertenecen para siempre, en la eternidad del amor, añadimos a las palabras del Apóstol la certeza de la vida sobrenatural e indestructible.

"La esperanza es la prueba de las realidades que no se ven" (Heb 11, 1), pero la Cruz, para el que sabe contemplarla en toda su luz, no es ya la esperanza, es *la visión*... la visión del Amor vencedor de la muerte... no es ya la esperanza, es la actualidad. Desde ella, Cristo venció a la muerte y demostró el poder del Amor, fuente única de la vida que no puede terminar.

En efecto, mi querida mamá, son la debilidad y la limitación de vuestra mirada las únicas que nos separan, pero la muerte no nos ha alejado de vosotros... vuestros pensamientos cariñosos continúan siendo para nuestras almas una fuerza vivificadora y bienhechora. La "comunión de los santos" no es una fórmula hueca, una forma epistolar o lingüística, y el verdadero «comunicador» es: el Amor.

Nosotros nos sentimos dolorosamente emocionados, cuando tratamos en vano de demostraros nuestra presencia. Vosotros exclamáis: "¡Cómo podría yo expresarle mi cariño, y mis penas, y mi impaciencia! Queridos amigos, vuestras almas hablan a las nuestras sin recurrir a palabras articuladas, aunque oímos también vuestras voces, temblorosas y afligidas. Dirigíos a los que están ocultos a vuestros ojos desanimados, aunque no de manera distinta a como la oscuridad de la noche proyecta una sombra sobre lo que os rodea. Muy cerca de vosotros, acudimos cuando nos reclama vuestro corazón, respondemos de forma objetiva a todas vuestras llamadas, puesto que para el espíritu ya no hay trabas; esas llamadas no son nocivas para el destino de los espíritus elevados. Vuestro pensamiento, aunque impedido todavía por la materia, ¿no atraviesa los espacios sin dificultad? Nosotros somos espíritus, nada detiene nuestra posibilidad de actividad espiritual, salvo

las causas que obstaculizan al espíritu: *el olvido*, por ejemplo, interrumpe la circulación espiritual y hace muy difícil, si no imposible, la vuelta de nuestras almas hacia las vuestras. Al estudiar cualquier aparato que funciona mediante corrientes eléctricas o fluídicas, caeréis en la cuenta de esto, puesto que podéis provocar la interrupción de esas corrientes; así es el olvido para nuestro amor y nuestra presencia espiritual. La fuente no está seca, pero vosotros ponéis delante una presa interruptora, que nos impide acercarnos a vuestro ser pensante -no hablo del pensamiento de la inteligencia, sino del pensamiento del corazón-.

Cuando el amor tierno y puro envía fielmente hacia vosotros sus efluvios, la comunión es perfecta, nada separa a las almas. Querida mamá, ¡el hecho de que un ciego no distinga la luz, no apaga el sol!... el Amor es ese sol, ¡¡y tu pequeño Pierre esta ¡*«vivo»*!

* * *

2 de septiembre de 1919

Mamá muy querida:

Te extrañas de la frecuente indiferencia con que se reciben, a tu alrededor, los mensajes llegados de lo Invisible. Lo que resulta más sorprendente es que tales mensajes sigan siendo necesarios... ¡totalmente necesarios en un ambiente cristiano de pretensión y de educación! En efecto, nosotros no os anunciamos otra cosa que la "Buena Nueva" proclamada por la vida de vuestro Maestro, de la que fue en la Cruz el firme testimonio, y que hizo resplandecer en su verdad deslumbradora a través de su Resurrección: "El Amor del Creador, que por amor se llama 'nuestro Padre', ¡ese amor, dispuesto al perdón, incansable tantas veces como sus hijos vuelven a Él con un arrepentimiento sincero! Y después, la universalidad esencial y transcendente del Amor: Dios es Amor, todo lo que no es el Amor, aleja y se para de Dios".

Querida mamá, ya lo ves, nosotros repetimos con insistencia y entre súplicas el mismo mensaje del Evangelio. Lo conocéis desde hace veinte siglos de la vida terrestre, pero ninguno de vosotros... "¡ni

siquiera uno!" (Rom 3, 10) lo practica.

Afirmáis, sin embargo, que Cristo fue de naturaleza únicamente divina, y que las palabras salidas de sus labios eran la voz del mismo Dios... ¡hipócritas! ¡mentirosos! ¡traicionáis cobardemente al Maestro al que pretendéis servir! Si os apartaseis abiertamente de sus enseñanzas, haríais menos mal a su causa. ¡No veis que vuestros dones adulterados, secuestrados por los malos espíritus, vuestros acompañantes, sirven para lapidar a Cristo en la Cruz!

Los inspirados que os transmitieron la voluntad de Dios, os habían advertido: "No lucháis contra la carne y la sangre –vuestra propia codicia–, sino contra los espíritus malos que están en los aires" (Ef 6, 12). Esta imagen expresa una gran verdad: vivís en un ambiente poblado de personalidades, tanto o más vivas que los hombres cuya presencia constatan vuestros sentidos materiales, y tanto más peligrosas cuanto que no os dais cuenta de su influencia nefasta. Pero los cristianos no tienen la excusa de la ignorancia: Dios los ha preparado por la voz de Sus iniciados.

No os asustéis de esta compañía invisible y perversa, porque la pureza de vuestros corazones, de vuestras intenciones, les opone un obstáculo infranqueable, y trae en torno vuestro la nube protectora y poderosa que el Evangelio llama: "los ángeles". Nosotros formamos parte de ese ejército celestial, querida mamá; a pesar de las flaquezas de nuestras vidas pasadas, aprendimos en la renuncia a nosotros mismos la ley de amor que salva a las almas.

¡Qué mal conocéis el Evangelio de Cristo! Por vuestra negligencia, dejáis que se pierdan fuerzas invencibles, cuyo poder y realidad os había revelado Jesús. Las Sagradas Escrituras que Él meditaba con sus contemporáneos, están llenas del homenaje rendido a los ángeles. El hombre (incluso en el estado espiritual) es "algo inferior a los ángeles" (Heb 2, 7), se os ha dicho. Sin embargo, no olvidéis que el Cristo que anunciaba "lo que había aprendido en el seno de su Padre" (Jn 8, 29), afirmaba la semejanza del hombre resucitado y de los ángeles (Lc 20, 36). Vuestros teólogos rechazan con demasiada frecuencia enseñar y creer "lo que no encuentran en el Evangelio" –ésta es la excusa–. Todo

lo que aquí digo, querida mamá, *está* en el Evangelio; cuando vosotros lleváis los consuelos cristianos a los corazones heridos por el dolor, el luto, la ingratitud o el abandono, no recogéis con vuestras dos manos el canasto lleno de los frutos del Amor divino para volcarlo en su seno. Dejáis de lado promesas inefables, luces maravillosas sobre lo Invisible, y perdéis... malgastáis una gran parte de los dones espirituales revelados por Jesús.

Que los escépticos sinceros -los hay- relean los Libros Santos; en primer lugar, la historia del pueblo elegido que, a pesar de vuestro ostracismo, no podéis negar haber sido "elegido por Dios", puesto que una de sus vírgenes fue la Madre del Salvador de los hombres. Cristo no "abolió la ley, ni los profetas; los cumplió". Tampoco vosotros debéis abolir la iniciación a través de esos Libros, que os muestran a la humanidad que aspiraba al Mesías, a pesar de su barbarie (que las solas promesas no podían destruir...). Luego, el amanecer del "Día eterno", ¡la llegada objetiva del Amor resplandeciente por encima de las nubes!.

Y nosotros somos enviados para decíroslo de nuevo, puesto que no practicáis las normas de vida que deberían regenerar a la humanidad. Moisés había recogido el mensaje de los ángeles: "Amarás a tu Dios, amarás a tu prójimo" (Lc 10, 27), y ante la tozudez invencible de los hombres, Jesús tuvo que repetir: "Os doy un mandamiento *nuevo*... (¡¡¡un mandamiento nuevo!!!): "Amaos los unos a los otros" (Jn 15, 9). ¿Qué más podríamos añadir nosotros, vuestros compañeros de servicio; nosotros, soldados de Cristo como vosotros? Esta es la razón por la que repetimos incansablemente: "Amaos los unos a los otros" (Jn 15, 10).

Querida mamá, ¡repite sin desanimarte este mandamiento, *siempre nuevo* porque sigue sin ser obedecido!

Tu pequeño Pierre

* * *

4 de septiembre de 1919

¡Sí, mi querida mamá, estoy encantado de hablar contigo! pero vivo demasiado cerca de ti, para no darme cuenta de las dificultades

que se oponen a la regularidad de nuestro encuentro diario. No obstante, la dificultad más seria viene de ti: ya te he dicho que, cuando tu cerebro está cansado, recargado, mi mensaje te llega con mayor dificultad. Espero con paciencia que tu vida vuelva a ser tranquila; no quiero decir que debas abandonar tus ocupaciones diarias... ¡en absoluto! vosotros servís a Dios a través del fiel cumplimiento de las tareas materiales de las que sois responsables: "ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquier otra cosa" (I Cor 10, 31), dice el Libro que incluye todas las normas de vida. Nunca debéis considerar vuestro trabajo como una traba, sino como una carga de honor, puesto que, en los deberes más humildes, trabajáis para Dios. Todo se resume en esta concepción; ella sola da mérito a las obras. No acumuléis obras para haceros con ellas un tesoro que, según vosotros, podrá "pagar Dios con sus gracias", y *comprar* así vuestra salvación... ¡Dios no es un mercenario! sino haced obras de amor como agradecimiento al Padre que os da gratuitamente el perdón y la vida eterna. En definitiva, las obras sin fe no valen para nada... pero esto es entendido, en general, de forma deplorable por la Humanidad; ésta acumula méritos con un fin completamente egoísta. Hay que reconocer que los mismos Apóstoles indujeron a error a la Iglesia, porque su punto flaco mosaico les suscitaba muchos misterios... ¡de los que les decía Jesús que estaban todavía por encima de su alcance y comprensión! "esos misterios que debía revelar el Espíritu de verdad, después de la glorificación de Cristo" (Jn 7, 39).

"Trabajad en vuestra salvación" (Fil 2, 12), eso es lo que comprendieron los primeros cristianos. Querida mamá, el mandamiento del Mesías no fue: "Trabajad en vuestra salvación", sino: "Amaos los unos a los otros".

¿Los méritos? ¿qué son ellos, ante la pureza de Dios? ¿Qué son? Aunque el hombre estuviera realmente convertido al amor y a la justicia inmanente, apenas se atrevería a presentar a Dios ese fruto de su trabajo como contrapeso a su pecado. La humanidad es profundamente incapaz de esta conversión y de esta economía sagrada: ¡sus méritos –incluidos los méritos colectivos– son, ante Dios, menos

que un grano de polvo! No, querida mamá, el Amor del Todopoderoso es un *regalo* concedido a nuestra debilidad, y nosotros no podríamos comprarlo con obras.

Sin embargo Cristo, al enseñarnos el nombre de "Padre nuestro" dado al Eterno-Dios, restableció la familia divina que el pecado había roto. El Padre da a sus hijos, incluso culpables e ingratos, el Amor que perdona y subsiste; el hijo que quiere demostrar a su Padre su agradecimiento y su cariño se dedicará gozosamente a hacer su voluntad; no es que el Padre ame al hijo *a causa de* este esfuerzo, ¡puesto que Él no ha dejado de amarlo a pesar del olvido y la maldad! el Padre se alegra de ser el testigo de la fidelidad en el cariño y la obediencia, que su hijo le ofrece con sus obras. ¿Creéis que el amor se compra? ¡Qué blasfemia! el amor es una entrega generosa, pero es el agradecimiento el que se manifiesta por las obras; el uno y el otro tienen un mismo origen; Dios es Amor, y el Amor universal es de esencia divina.

Es sin embargo evidente que la fe *se demuestra* por las obras, y que sin las obras "la fe no sirve para nada".

"Hay tres virtudes, os dice san Pablo, la fe, la esperanza y el Amor, pero la mayor es el Amor" (I Cor 13, 13). Él os mostró la absoluta necesidad de hacerlo todo en un espíritu de amor, y no para conseguir un mérito: "Los dones espirituales no son nada sin el Amor... las obras de caridad realizadas para la salvación personal no tienen ninguna eficacia... "¡*no sirven para nada*!" Incluso la pérdida de la vida temporal, de la vida del cuerpo, no es *nada*; la entrega de las riquezas a los pobres no es *nada*, si esta acción tiene como fin conseguir un mérito para uno mismo... podéis por tanto entregar todos vuestros bienes a los pobres con un espíritu egoísta, y eso no os sirve de *nada*". (I Cor 13, 1-3). ¿Qué queda del peso de los méritos y de las obras ante Dios, después de esta grandiosa afirmación del profeta cristiano?

Oh querida mamá, "los muertos resucitados" vuelven a la tierra "para prevenir a sus hermanos" (Lc 16, 28-31), pero, lo mismo que en la parábola del "rico epulón", ¡los hombres no prestan oídos a sus voces! ¡Las obras más beneficiosas pueden llenar una vida que, a los ojos de Dios, sigue vacía! pero el anónimo servidor de Cristo cumplirá

la voluntad de su Padre por la conciencia agradecida en su trabajo humilde y material... "hacedlo *todo* por el amor de Dios y de vuestros hermanos!" (I Cor 10, 31).

Pierre

* * *

7 de septiembre de 1919

Querida mamá:

Me dices: ¡el tiempo pasa! No, el tiempo no pasa, sino vuestra vida, vuestra oportunidad de añadir la piedra que lleva vuestro nombre a la construcción de la Jerusalén espiritual, ¡eso es lo que pasa! En efecto, frente a la eternidad, el tiempo no se puede ni medir, ni contar, y vosotros formáis parte de la eternidad –*nosotros* formamos parte de la eternidad, debería decir yo–... habría incluso que precisar más y afirmar: "¡nosotros formamos parte de lo *eterno*! Es un misterio para el espíritu humano –me refiero al entendimiento humano–: hay algunos de vosotros sin embargo, cuya mirada ha atravesado ya los velos que ocultan el principio de la unidad en la Creación y con el Creador. Se os manifiesta ya la solidaridad de la especie, y todo hombre que tiene la conciencia recta y honesta, hace lo que debe con sus hermanos. No es necesario remontarse muy lejos en la historia de la humanidad, incluso civilizada, para hallar una época en la que la comprensión primordial de la solidaridad era totalmente desconocida. Lo que siembra la confusión en vuestra concepción política de la solidaridad, es que pretende alcanzar y cambiar por completo las diferencias esenciales que, lejos de ser nocivas para la evolución de las razas, están destinadas por el contrario a darles un impulso indispensable. La igualdad absoluta llevaría rápidamente a la pereza espiritual y emotiva, que produce la muerte de todo progreso: "Siempre tendréis pobres con vosotros" (Mt 26, 2), dice Jesús a sus amigos. ¿Es suficiente tener en cuenta esta profecía del Hijo de Dios, para tener la tentación de considerar la pobreza de muchos de vuestros hermanos como un mal irremediable? Querida mamá, este pensamiento criminal no se alzará nunca en el alma de los discípulos de Aquél que fue el Perfecto-Amor; un mal así, lo sabéis muy bien, no es querido por Dios en el sentido de

que lo hiciera "irreparable": es una consecuencia dolorosa del pecado.

La familia humana lleva todo el peso de la responsabilidad; su primer deber es, en consecuencia, acudir en ayuda de los que son golpeados con mayor dureza por la lepra del dolor. Dios se sirve no obstante de *pruebas*, para despertar la conciencia de "la persona humana", quiero decir del individuo, en cuanto representante de la raza; ya te he mostrado el fin perseguido por Dios en estas pruebas. Uno de los aspectos de esta provocación de Dios al amor, es la responsabilidad altruista de cada alma. Ya te lo he explicado: el hombre quiso y eligió el mal, toda su descendencia sufre por ello... y esta es la verdadera solidaridad.

Querida mamá, te volveré a hablar de este tema, ya que ahora tienes que dejarme.

Tu pequeño Pierre.

* * *

8 de septiembre de 1919

Mamá querida:

Esta cuestión de la solidaridad que corre paralela con la desigualdad, a la vez de nacimiento y adquirida, es uno de los problemas más inquietantes para la filosofía espiritual; pero no perdáis nunca de vista la metamería[1] de la raza humana. Nada puede impedir que vuestra unidad primordial tienda siempre a restablecerse, a pesar de la debilidad de ciertos fragmentos en comparación con algunos otros. Esta debilidad no rompe el lazo indestructible que une a un alma con otra, y si introduce el sufrimiento para una, llevará a la disminución vital del conjunto. Es por tanto absolutamente obligatorio fortalecer las rodillas que se doblan y los espíritus viciosos, para conseguir la perfecta salud del organismo completo: es decir, la armonía. Vosotros sois en cierto sentido un "acorde perdido", pero todos pertenecéis a la misma armonía; si hicierais imposible la vuelta a su centro de unidad intrínseca, ella sería distinta... *diferente del acorde querido por Dios*. Él es el Músico, vosotros sois la música creada, y tiene que preocuparos poco el que se elija la armonía en

[1] Meamería: División primitiva del mesodermo, a ambos lados de la cuerda dorsal, en metámeros o segmentos primitivos (NdT)

menor, en mayor... ¡alegre o melancólica! lo que no debéis permitiros, es dejar de dar el sonido exacto que el Creador espera de vosotros para la belleza de la frase musical. A pesar de este individualismo, no sois *nada* en el conjunto de las notas, y el efecto de la armonía se logra con ese conjunto que forma acorde. Y esto representa la solidaridad y la desigualdad, que forman la creación de la especie humana. Vuestro papel personal está totalmente trazado, pero sois libres, y si "desentonáis", lleváis al fracaso de la belleza armoniosa. Ésta es la responsabilidad en la solidaridad: no sois responsables únicamente de lo que os concierne personalmente, sois responsables de los fallos de los otros, que contribuyen con vosotros a la formación perfecta de la armonía. Esta responsabilidad es consecuencia de la solidaridad inicial: el mal ejemplo se encuentra en el origen de este mal, y, lo mismo que ante la mujer adúltera, Jesús puede deciros: "Que el que esté sin pecado, tire la primera piedra" (Jn 8, 7).

Querida mamá, la familia terrestre, indisolublemente unida por la fuerza de las cosas queridas por Dios, no puede desunirse ante Él; si se aísla, ya no existe, porque está toda ella regida por la misma isonomía[1], es igual por tanto en la desigualdad; no llegaréis a la unidad ideal al margen de la solidaridad. Ya ves que la obra de Dios no está limitada por el tiempo... (¡el tiempo no cuenta frente a la eternidad!), pero *vuestro* papel en la obra de Dios debe representarse durante vuestra vida, corta o larga. Sois vosotros por tanto los que pasáis, y los que corréis el riesgo de pasar sin posibilidad de volver si os equivocáis de camino, puesto que hay uno que acaba en la nada.

¡Manos a la obra! Dios no os pedirá por encima de vuestras posibilidades; no obstante, daréis cuenta de todo lo que pudisteis hacer y dejasteis inacabado por negligencia, por pereza, por egoísmo.

El Perfecto-Amor, Cristo, es la Luz... pero se ha dicho que *vosotros sois* la Luz; Cristo venido en la carne, comparte por tanto voluntariamente nuestra solidaridad. ¿Necesitáis un estímulo más fantástico? Lo repito: ¡manos a la obra! y, lo mismo que nosotros trabajamos en el Cielo, donde no perdemos esa solidaridad espiritual, entregaos en cuerpo y alma... este programa es una definición de la

---

[1] Isonomía: Igualdad en el modo de cristalizar (NdT).